

El no cubano

Eduardo Labarca

E-mail dirigido por el escritor chileno Eduardo Labarca a su esposa cubana, la poeta María Elena Blanco, a raíz de un intercambio de opiniones habido la víspera en un restaurante mexicano de Viena, donde residen.

María Elena, mi querida:

La mesa del *Pancho*, en torno a cuyas enchiladas nos codeábamos ocho nacionalidades y cuatro parejas de pasaportes mixtos, no era tal vez anoche el mejor lugar para dilucidar las virtudes, defectos y limitaciones de los pueblos del planeta o de nuestro continente latinoamericano. Sin embargo, lo poco que se dijo en la punta en que estábamos con Guillermo Horta y todo lo que pudo decirse quedó humeando dentro de mi cabeza y esta carta que te tecleo en pantalla con mucho cariño quizás sea la válvula que por instinto yo necesitaba para darle tiraje a las ideas.

Al abordar el tema trataré de despojarme del afán generalizador tan arraigado entre nosotros los primates homínidos de extrapolar a tribus, nacionalidades o países enteros las características buenas, malas o no tan malas ni tan buenas que advertimos en algunos de sus individuos.

Sin perjuicio de lo anterior, cabe tener presente que cierto grado de generalización y a veces de exageración de las posiciones en debate ha sido tradicionalmente un recurso intelectual de buena ley que permite poner de realce determinados rasgos que por demasiado vistos y extendidos a veces campean bajo nuestras narices sin que seamos capaces de olerlos o distinguirlos.

Al referirme aquí a lo que llamaré el *no cubano* pondré el acento en sus lados negativos, lo que no quiere decir que ese *no* y el espíritu que en él se manifiesta no puedan tener aspectos loables. Largo podríamos hablar también de las superlativas virtudes del *ser cubano*, especialmente de los sobresalientes méritos de la intelectualidad de Cuba de todas las épocas, pero no es ésa la finalidad de mi modesto envío electrónico.

Creo que un requisito básico del debate intelectual es que éste se entienda como una confrontación de ideas absolutamente libre, con total independencia de la raigambre nacional o social de los dialogantes, e incluso de sus rela-

ciones afectivas, por lo que en nuestro caso concreto hemos de inmunizarnos ante el peligro de que una discusión ideológica entre nosotros tome el sesgo de un absurdo pimpón doméstico o nacional de hombre versus mujer o chilenidad versus cubanidad. Desde ya dejo en claro que al referirme negativamente a este tic cubano no pretendo desconocer los rasgos negativos que abundan entre nosotros los chilenos, por ejemplo en lo que se refiere a nuestra forma muchas veces oblicua de dialogar.

Lo que anoche estuvo en el tapete fue la costumbre cubana de replicar al interlocutor comenzando la oración con un «no», aunque a continuación venga una frase que reitere lo que él haya dicho. Tú sostuviste que ese «no» es irrelevante y que se trata de una figura retórica inocua. Guillermo también le restó importancia y creo recordar que dio a ese «no» connotaciones afectuosas.

Los ejemplos abundan. Lázaro dice: «Hace muchísimo frío»; Raynel le contesta: «No, hace un frío terrible»; Migdalys replica: «No, estoy congelada»... Otro: «La abuela se murió»; «No, la abuela se murió hace un mes»; «No, la enterramos en el Cementerio de Colón», etc., etc.

Aunque ustedes los cubanos no le den importancia al asunto, yo considero que el análisis del *no cubano* es una de las claves para comprender la actual encrucijada en que se encuentra la sociedad cubana entendida en un sentido amplio y abarcador, vale decir, con todos sus heterogéneos componentes de dentro y fuera de la isla o en desplazamiento en balsas, aviones y otros medio de transporte en una u otra dirección.

Frente a la endémica crisis política que Cuba arrastra desde hace más de un siglo, y tal vez debido a la propia profundidad y complejidad de esa crisis, la intelectualidad cubana ha dado pruebas desde antes de la independencia de una notabilísima perspicacia y lucidez. ¡Cómo quisiera yo que algún intelectual chileno de campanillas escudriñara hasta los tuétanos la tan celebrada *talla chilena*, esa manifestación simpaticona pero a menudo esterilizante y torva del humor negro nacional, en la forma en que el cubano Mañach supo agarrar por los pelos el tema del *choteo cubano* y desentrañar autocríticamente sus esencias!

La raíz del *no cubano* es para mí obviamente española. Existe un *no español* conversacional muy parecido que asoma al comienzo de muchas respuestas, aunque su uso me parece menos generalizado que en Cuba. Se resume en la caricaturesca afirmación del recién llegado: «No sé de qué estáis hablando, pero yo estoy en contra.» ¡Cuántas veces las conversaciones entre nuestros amigos españoles nos han sonado a un diálogo de sordos! Muchas de tales conversaciones constituyen un conjunto de monólogos entrecruzados en los que sólo se reiteran ideas preconcebidas, y a menudo los participantes saltan al ruedo únicamente en busca de un auditorio o con el solo fin de oírse a sí mismos. Dicho sea de paso, no creo que el *no español* sea totalmente ajeno al historial de inestabilidad y sangrientas guerras civiles de España...

Pero centrémonos en el *no cubano*. Para mí, ajeno a la sociedad cubana —a veces los turistas ven más que quienes han nacido y se han criado en un lugar— el *no cubano* es un fenómeno curioso y digno de estudio: a) Cuando se

refiere a una *idea* a la que se va a dar una respuesta discrepante, ese *no* me parece normal como expresión inicial de desacuerdo. b) Referido a una *opinión* con la que a continuación el hablante va a coincidir explícitamente, el *no* me llama la atención. c) Cuando atañe a un *hecho* cuya existencia será reconocida sin objeciones por quien dice *no*, me resulta francamente chocante.

El significado del *no cubano* sólo puede explicarse a mi juicio buceando en las profundidades de la psicología individual y social. Lázaro dice: «Llueve»; Raynel le contesta: «No, está lloviendo». Dado que el hecho *lluvia* es reconocido y aceptado por ambos, ¿qué quiere decir Raynel con su *no*? De los infinitos diálogos de este tipo que he escuchado a lo largo de muchos años creo deducir que el *no* con que se replica automáticamente a una afirmación, sea cual sea, de un tercero, satisface una necesidad primordial de reafirmación subjetiva que se sobrepone a la propia realidad. Lloverá no porque esté lloviendo, sino porque lo dije *yo*.

El *no cubano* funciona en una sociedad muy verbalizada, donde lo que se hace o se ha hecho suele adquirir plena significación sólo al ser explicitado y ratificado con palabras. Tú dices que está lloviendo y al hacerlo hablas de *tu* lluvia, pero esa lluvia a mí no me interesa porque no es ella la que me está mojando. Yo contesto que *no* y agrego que está lloviendo, y con ello me estaré refiriendo a la única lluvia que sí me moja a mí, que es *mi* lluvia y no la *tuya*. De ahí en adelante todo lo que yo diga sobre la intensidad o temperatura de la lluvia y sobre las posibilidades o no de que amaine emanará de la percepción de mis propios sentidos: se referirá a *mi* lluvia y lo que afirmes en tu contraréplica versará sobre la *tuya* y no sobre la *mía*. Cada uno habrá edificado su lluvia propia y exclusiva: las coincidencias de opinión serán sólo puntuales, pasajeras y de valor relativo, pues estaremos hablando de dos lluvias subjetivamente diferentes.

El *no cubano*, revelador de una actitud profundamente arraigada en el alma nacional, se me presenta de este modo como símbolo del antidiálogo. Se trata de la manifestación de un estado de espíritu que bloquea el diálogo desde sus inicios. Lo que podría convertirse en un constructivo intercambio de opiniones que progresara con aportes sucesivos y complementarios de los hablantes hacia una conclusión común se ve abortado y reducido a una sucesión de afirmaciones rotundas y autónomas que suelen retornar una y otra vez estérilmente al punto de partida y que por lo general no llegan a ninguna parte.

En mi opinión este rechazo al diálogo ha dificultado y dificulta enormemente la evolución que la sociedad cubana a todas luces necesita para salir del actual atolladero. Es sintomático que en el aparente punto muerto en que se halla esta sociedad, los enemigos del diálogo ocupen posiciones simétricas en ambos extremos. Dentro de Cuba el diálogo es oficialmente descartado, y se le castiga como fuente de peligrosas infiltraciones y contagios ideológicos. Fuera de Cuba, los partidarios del diálogo son agredidos con el remoquete descalificatorio de *dialogueros*.

El *no cubano* me parece revelador de un individualismo exacerbado en el que incuban gérmenes anárquicos. En el caso de la isla, muchos observadores

temen que un derrumbe de las actuales estructuras autoritarias pudiese traducirse en la atomización de los aparatos de poder, en dispersión política, en estallidos incontrolables. En el caso del exilio, y en especial de su epicentro maiamense, las pugnas entre decenas de grupos y la incapacidad de sus actores para ponerse de acuerdo demuestran el predominio de los individualismos y las fuerzas centrífugas.

En las estructuras verticales de poder, el *no cubano* sólo puede ser fuente de totalitarismo. El *no* del jefe que rechaza toda idea o propuesta nueva que no provenga de él mismo niega de entrada validez a lo que los simples individuos puedan decir y convierte la participación en caricatura grotesca. La demostración de que llueve no estribará en que todo el mundo se esté mojando, sino en la declaración del jefe de que está lloviendo. Así, un problema que salte a la vista de todos sólo existirá cuando sea expresamente reconocido por ese jefe, lo que generalmente sucederá muy tarde. Recibida la idea nueva con el mandoble del *no cubano*, la única esperanza que le quedará al proponente será que con el transcurso de los días, meses o años, aquél que encarna el poder llegue por sí mismo a una conclusión similar a la suya... o que se muera.

Esta situación favorece el imperio de un conservadurismo estático a todos los niveles y en todos los bandos. Por eso la sociedad cubana en su sentido amplio, acostumbrada como está al *no cubano*, se ve cansada, paralizada. En la práctica el *no cubano* viene traduciendo en un anquilosamiento inmovilista de los diversos centros de poder de esa sociedad. La juventud y las ideas nuevas se estrellan con aparatos esclerotizados que responden automáticamente con un *no* a toda idea fresca. El debate y la democracia son en esas instancias desconocidos.

El *no cubano* que flota en todas las esferas es explotado intencionadamente en forma perversa. La idea de que si a los cubanos se les dieran demasiados derechos y libertades sucedería lo peor justifica la eternización de las verdades absolutas de los poderosos de todas las banderías y niveles, eternamente habilitados a oponer un *no* rotundo, definitivo a cualquier opinión ajena.

María Elena:

Como tú investigas actualmente la evolución de las ideas en Cuba con miras a producir un ensayo, he querido en mi calidad de observador forastero llamar tu atención sobre este tema apasionante y crucial. Estoy seguro de que si te inclinases con espíritu crítico sobre el *no cubano* tal como en su hora tus mayores hicieron descarnadamente respecto de otros asuntos de importancia capital para Cuba, podrías entregarnos al respecto ideas infinitamente más profundas y esclarecedoras que los balbuceos desordenados que aquí he tecleado apresuradamente y que te envío con un ¡click! desde esta pantalla luminosa.

Con todo amor.

EDUARDO